

# ESCEPTICISMO ANTIGUO / ESCEPTICISMO MODERNO. A PROPÓSITO DE UNA DISTINCIÓN PROBLEMÁTICA

## ANCIENT AND MODERN SKEPTICISM ABOUT A PROBLEMATIC DISTINCTION

**Vicente RAGA ROSALENY**

Universidad de Valencia

✉Vicente.Raga@uv.com

Recibido: 30/05/2010

Aprobado: 19/09/2010

**Resumen:** Habitualmente tiende a realizarse una distinción clara entre las corrientes escépticas antiguas y la “recuperación” moderna del escepticismo. Además, en los estudios actuales suele dejarse de lado la *skepsis* griega, filosóficamente devaluada desde la perspectiva del pensamiento moderno que se enfrenta al reto escéptico entendido en términos netamente epistemológicos, frente a la postura ética antigua.

Nuestra intención es, pues, doble. Por un lado, pretendemos cuestionar algunas de las supuestas distinciones que separarían tajantemente al escepticismo antiguo del moderno. Y por otro lado, deseamos mostrar cómo esta distinción ha llevado a minusvalorar la potencia filosófica del escepticismo antiguo y su relevancia como reto fundamental para cualquier posición filosófica moderna, en tanto en cuanto las objeciones que se le imputan al escepticismo en general quedarían invalidadas ante las estrategias del escepticismo clásico.

**Palabras clave:** escepticismo, pirronismo, metafísica, Sexto Empírico, Montaigne

**Abstract:** Usually scholars draw a clear distinction between the old skeptical currents and the “modern recovery” of skepticism. In addition, contemporary studies tend to leave aside the Greek *skepsis*, philosophically devaluated from the point of view of the modern thought that understood the skeptical challenge in epistemological terms, in front of the old ethical sense of this current.

In this sense, we have two main targets. On the one hand, we try to challenge some of the supposed distinctions that would separate sharply old and modern skepticism. And on the other hand, we wished to show how this distinction underestimates the philosophical power of the old skepticism and its relevance as a fundamental challenge for any modern philosophical position, while the objections that are imputed generally to skepticism would be invalidated before the strategies of the classic *skepsis*.

**Keywords:** Key Words: Skepticism, Pyrrhonism, Metaphysics, Sextus Empiricus, Montaigne

## 1

Es ya casi un tópico aquel que sitúa en el Renacimiento el origen de un “redescubrimiento” del escepticismo de importancia crucial para el pensamiento moderno. Basándose en la obra pionera de Richard H. Popkin<sup>1</sup>, que situaba a Montaigne como un autor central en la transmisión del pensamiento antiguo a nuestro tiempo y, al mismo tiempo, como un paradigma del encuentro y fusión en un momento de crisis de dos *Weltanschauungen*, la pagana y la cristiana, la mayoría de los interpretes posteriores han entendido ese momento de la Modernidad temprana en clave pirrónica.

El escepticismo pirrónico, o pirronismo, que tomaría su nombre de su mítico fundador, Pirrón de Elis (ca. 360- ca. 270 a. C.), fue una corriente de pensamiento que se extendió durante unos quinientos años en la Antigüedad, aunque prácticamente todo nuestro conocimiento de este movimiento proviene de los escritos de Sexto Empírico, un recopilador y autor tardío que vivió durante el s. III d. C., ya en las postrimerías del pirronismo clásico. Son las traducciones latinas de las obras de éste, sus *Esbozos pirrónicos* y su *Contra los profesores*<sup>2</sup>, en la década de 1560 en Europa, y su difusión luego en los textos de autores como Montaigne, así como el contexto de crisis cultural del Renacimiento: con la ruptura con la tradición y el criterio de autoridad en el plano religioso, científico y artístico, o con novedades como la del Encuentro con el continente americano, los que decidieron la fortuna del pirronismo durante el Renacimiento<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Un texto ya clásico que en su última edición ampliada, disponible sólo en inglés, puede encontrarse como POPKIN, R. H., *The History of Scepticism: From Savonarola to Bayle*. Oxford: Oxford U. P., 2003.

<sup>2</sup> Puede encontrarse traducción al español de los textos, EMPÍRICO, S., *Esbozos pirrónicos*, trad. de A. Gallego y T. Muñoz. Madrid: Gredos, 1993; EMPÍRICO, S., *Contra los profesores*, vol. I, trad. de J. Bergua. Madrid: Gredos, 1997 (la obra completa, por la misma editorial, está ya en prensa).

<sup>3</sup> Para una completa y reciente narración de la transmisión del escepticismo de la

Por otra parte y aunque son diversas las metamorfosis sufridas por el pirronismo en la época clásica, con cambios relevantes, desde las escasas formulaciones atribuidas al mítico fundador del movimiento escéptico, Pirrón de Elis, hasta su compilador más tardío Sexto Empírico, todavía quedarían muchos elementos que, según diversos autores, permitirían distinguir netamente, en términos generales al escepticismo moderno del antiguo.

Así pues, y pese a los paralelismos que algunos han establecido entre las dos épocas de clímax del escepticismo, con las crisis sociales y culturales, políticas y económicas, que pudieron rodear el período helenístico y, paralelamente, las ya mencionadas fracturas de la autoridad eclesiástica, del paradigma aristotélico-escolástico, y las correlativas inseguridades, producto de la atmósfera bélica del momento renacentista tardío, también se han destacado las novedades que, supuestamente, distanciarían de un modo más o menos radical al escepticismo antiguo de su avatar moderno.

En este sentido, cabría señalar, por ejemplo, antes que nada y como uno de los rasgos diferenciales fundamentales para la mayoría de estos críticos, la pérdida del punto de vista moral del escepticismo por parte de las corrientes epistemológicas contemporáneas<sup>4</sup>.

Y es que parece que con seguridad podría calificarse a la meta principal de las corrientes escépticas, la *ataraxia*, la tranquilidad que acompañaría a la *epoché* o suspensión del juicio en su versión sextiana, como una perspectiva claramente moral e, incluso, tal meta podría formularse en forma de reto. De esta manera, compartiendo con los movimientos contemporáneos de la *skepsis*, como la escuela epicúrea y estoica, el objetivo de la vida feliz, la pregunta por la vida buena, sin embargo, el escepticismo sextiano pondría en cuestión la posibilidad y deseabilidad del conocimiento filosófico para lograr tal meta, criticando así la conocida conexión socrática entre saber y virtud o felicidad.

Antigüedad al Renacimiento puede consultarse ROMÃO, R. B., *A Apologia na Balança. A Reinvenção do Pirronismo na "Apologia de Raimundo Sabunde" de Michel de Montaigne*. Lisboa: Imprensa Nacional, 2007.

<sup>4</sup>HILEY, D. R., "The Deep Challenge of Pyrrhonian Scepticism". *Journal of the History of Philosophy*, (1987) 25: 2, pp. 185-213.

De este modo, la vida tranquila sería, en la formulación sextiana, una vida *adoxastos* (sin creencias), siguiendo los fenómenos, esto es, acorde con el instinto, la costumbre y las tradiciones<sup>5</sup>, y dejando de lado cualquier aseveración dogmática, que no la apertura mental propia del indagar constante, la cual no se detendría para mantener una teoría o doctrina. Y esto, al parecer de muchos exegetas, sería lo que el moderno escepticismo habría perdido al ir dotando de cada vez más relevancia (como ya, aunque a menor escala, haría Sexto por relación a Pirrón) a la vertiente epistemológica del mismo.

Sin embargo, es ésta una aseveración problemática y es que si atendemos a la que pretende pasar por ser la primera formulación moderna del escepticismo, la realizada por Montaigne en sus *Essais*, seguiría siendo fundamental en ésta la perspectiva práctica, tal y como acabamos de plantearla, como reto a la relación entre conocimiento y felicidad establecida por los dogmáticos.

Así pues, la idea de un escepticismo cercano a un “arte de vivir” propio de la Antigüedad, y contrapuesto a otro en el que tan sólo preocupase la dimensión epistemológica, en la Modernidad, quedaría desdibujada, y los límites que las separarían, quedarían difuminados, al menos por relación a este punto, siendo más correcto, quizá, un planteamiento que entendiese las distinciones como graduales y diversas, según las diversas opciones o corrientes.

Pero, pese a esta observación, no finalizarían aquí tampoco las divergencias planteadas entre el escepticismo en ambos períodos, ni la importancia del contraejemplo montañiano se reduciría a este punto, ya que precisamente apoyada en el carácter supuestamente ético del escepticismo antiguo, o vinculado con ello, estaría su carácter presuntamente menos englobante. Y así, la inclinación práctica del escepticismo griego iría vinculada, en estas interpretaciones, a la supuesta dificultad de estas corrientes para poner en cuestión algo que caracterizaría, al menos desde Descartes, al escepticismo, la puesta en duda radical del mundo externo<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> EMPÍRICO, S. *Op. cit.*, I, § 11.

<sup>6</sup> BURNYEAT, M. F., “Idealism and Greek Philosophy. What Descartes Saw and Berkeley Missed”, *The Philosophical Review*, (1982) 91: 1, pp. 3-40.

Según esta argumentación, ampliamente compartida, existiría, pues, un realismo subyacente a las tesis escépticas que limitaría, como no lo haría en el pensamiento postcartesiano, la total suspensión del juicio proclamada por Sexto. Desde esta perspectiva, el escepticismo, al menos en su versión sextiana, suspendería el juicio acerca de los enunciados que se pronuncian sobre cómo son las cosas en sí mismas, pondría en cuestión que las propiedades aparentes correspondan a la cosa en sí<sup>7</sup>, sin interrogarse acerca de éstas en el radical modo en que lo habría hecho la duda hiperbólica cartesiana.

Es más, y a esto iría ligado otra importante diferencia respecto del escepticismo moderno, y es que sin cuestionar la existencia del mundo externo al modo radical en que lo haría en un primer movimiento Descartes, no se establecería tampoco en las corrientes escépticas antiguas la ruptura planteada por el pensamiento cartesiano, aunque formulada en una tradición que podría remontarse a Agustín de Hipona y más allá, entre el mundo externo y el mundo subjetivo, cuyos estados se nos darían como ciertos. Esta última idea llevaría a algunos a extremar todavía más la distancia entre pensamiento escéptico antiguo y moderno, e incluso entre ambas épocas del pensamiento como un todo, al afirmar que, en realidad, entre los antiguos no llegaría a darse un reconocimiento de tales estados subjetivos del conocimiento. Es decir, para determinados autores, no habría una subjetividad como dominio acerca del que pudieran enunciarse verdades, en el pensar antiguo<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> EVERSON, E. "The Objective Appearance of Pyrrhonism", en Everson, S. (ed.), *Companion to Ancient Thought*, vol. II, Cambridge, Cambridge U.P., 1991, p. 127.

<sup>8</sup> Esta posición está liderada por los ya mentados Burnyeat y Everson, como evidencia FINE, G., "Subjectivity, Ancient and Modern". En MILLER, J., (ed.), *Hellenistic and Early Modern Philosophy*. Cambridge: Cambridge U.P., 2003, p. 192. En cuanto a algunos posibles candidatos, entre las escuelas que podrían haber dedicado su reflexión a la subjetividad, la respuesta de Everson, que rechaza la alegada similitud entre la visión de lo mental que pudieran tener los cirenaicos y, por extensión, en tanto que conocemos diversos testimonios al respecto tomados de la discusión sextiana con ellos en las obras de este último, los escépticos pirrónicos tardíos, sería clara y casi canónica: los estados subjetivos de conciencia de corte cartesiano no pasarían de serlo de tipo material en el caso de los cirenaicos, sin que hubiera lugar a la distinción de esferas, subjetiva e interna, objetiva y externa, a que el pensamiento poscartesiano nos tendría acostumbrados.

Pero, vista esta argumentación, ¿cabría decir que tal distinción, radicalmente basada en el carácter eminentemente moral del escepticismo antiguo y en sus limitaciones relacionadas de aceptación realista del mundo y carencia de preocupación por los estados subjetivos de conciencia, podría sostenerse de manera firme? ¿Acaso el contraejemplo montañiano no podría al menos acercar nuestro juicio a un estado cercano a la suspensión, absteniéndonos de aceptar un dictamen tan tajante como el que estos especialistas plantean y que una parte importante de los investigadores actuales de este campo comparten?

Resulta complicado dar respuesta a tales preguntas y difícil enfrentarse a una posición tan ampliamente extendida como la que hemos expuesto, sin embargo, nos gustaría cerrar este apartado con una breve contestación que, desde una perspectiva general nos acercase a esa suspensión del juicio que caracterizaba al pirronismo.

Y es que cabe la posibilidad de que Sexto Empírico no fuese escéptico respecto del mundo externo pero sí que hubiese advertido esa posibilidad, descubriendo esa posición como mantenida por alguien, o bien que hubiera sido éste un punto de vista que introdujese en sus textos. Pero, entonces, si ése fuese el caso, podría decirse que sí habría introducido al menos la discusión sobre el mundo externo en el escepticismo antiguo. Además, y añadiendo posibilidades más allá de esta opción de mínimos, que el escepticismo sextiano, o alguna otra de las corrientes imperantes en la época antigua, hubiera desarrollado un escepticismo del mundo externo al extremar el supuesto escepticismo de propiedades que según la mayoría de las interpretaciones más habituales le correspondería, no resulta nada descabellado ya que ciertamente esta clase de *skepsis* sería realmente inestable y volátil.

Sin embargo, la cuestión principal, que ligaría las dos diferencias señaladas más relevantes, y que permitiría hablar de un escepticismo del mundo externo en Sexto, sería la presencia o no en éste de algo que, al decir de los críticos, constituye el núcleo esencial del escepticismo moderno, a saber, la asimetría epistemológica, el privilegio de la primera persona que involucraría un escepticismo del mundo externo y que, así planteada, requeriría también de una noción de subjetividad como la moderna.

Esta sería la idea más importante sostenida por el escéptico moderno que daría cuenta de la presencia de un escepticismo del mundo externo, esto es, la defensa de un acceso privilegiado a los propios estados mentales y la correlativa barrera existente entre eso que aparece como estados subjetivos de la conciencia y toda otra cosa, entre, por decirlo así, el alma y el cuerpo. Sin embargo, ¿qué nos impide pensar que los escépticos sextianos conocieran, o incluso hubieran defendido, una posición en la que se consideraran los estados subjetivos y de los que se predicara verdad, creencia y conocimiento?

En realidad, ése podría ser el punto de vista de la escuela cirenaica, tras un análisis estrecho de sus textos, bien conocidos por Sexto (que constituye una de nuestras fuentes a ese respecto). Y tal conocimiento sextiano de las opiniones cirenaicas, unido al modo en que el autor griego trataría de las afecciones y apariencias, con los ejemplos empleados en sus textos, relativos al dolor y al placer, paradigmáticos de los estados subjetivos, y con algunas de las características, como la del acceso privilegiado o la de la incorregibilidad, que les serían propias y que algunos autores<sup>9</sup> consideran como rasgos centrales de esos mismos estados de conciencia, nos permitiría al menos poner entre paréntesis o suspender la aseveración de una diferencia radical entre las corrientes escépticas antiguas y las contemporáneas.

## 2.

Puesta en suspenso, o al menos cuestionada, la separación tajante entre pirronismo y escepticismo moderno cabría atender a un segundo tópico, habitualmente asumido de manera acrítica y relacionado con el primero, y es que si la imagen moderna del escepticismo es eminentemente epistemológica, por contraste con el supuestamente diverso escepticismo pirrónico, la consecuencia de ello sería una devaluación filosófica de la escuela antigua por relación a la moderna, seguida luego de una crítica general al escepticismo *tout court*.

<sup>9</sup> NAGEL, Th. "What is like to be a Bat?" *The Philosophical Review*, (1974) 83, pp. 435-450.

Cuatro son las razones que se esgrimen para ello: La supuesta puerilidad de las estrategias argumentativas desarrolladas por Sexto Empírico; el carácter contradictorio de sus afirmaciones (la proposición “El conocimiento no es posible” supondría un ejemplo de conocimiento, y, por tanto, se trataría de un enunciado que se autorrefuta); las paradojas que generan sus tesis, en concreto, distintas variantes de la “paradoja del conocedor”; finalmente, el carácter nihilista y puramente destructivo de esta escuela, que le resta valor frente a las filosofías de sistema, filosofías que si destruyen algo es sólo para llevar a cabo la que se concibe como “verdadera” misión del filósofo: poder levantar un edificio cognitivo más sólido.

Y de manera complementaria con estos cuatro puntos, otros cuatro son los rasgos básicos de la escuela escéptica tal como la caracteriza Sexto Empírico en el Libro Primero de los *Esbozos pirrónicos*: El escepticismo es una “escuela de persuasión”<sup>10</sup> cuyo objetivo es la “tranquilidad en materias de opinión”<sup>11</sup>, es decir, se trataría de una metodología terapéutica cuya finalidad sería la eliminación de la ansiedad filosófica y de la compulsión metafísica; el escéptico no pondría en cuestión las apariencias o fenómenos, sino que investigaría “lo que se dice acerca de lo aparente, cosa muy distinta a investigar lo aparente mismo”<sup>12</sup>; lo cual, parafraseado en terminología contemporánea, significaría tanto que la función del escepticismo no es problematizar las creencias de sentido común, sino que su verdadero contrincante sería el dogmático, esto es, el filósofo que dota a sus enunciados de un énfasis epistemológico o metafísico; el escepticismo poseería un carácter global, o, lo que es lo mismo, el escéptico no se limitaría a problematizar un área concreta de conocimiento, sino que extendería la duda a la totalidad de las aseveraciones metafísicas posibles<sup>13</sup>; y por último, el escepticismo sería la “habilidad para establecer oposiciones”<sup>14</sup> entre opiniones filosóficas, la capacidad de proporcionar argumentos válidos para dos puntos de vista contrapuestos de tal forma que, al no poder decidir la

<sup>10</sup> EMPÍRICO, S. *Op. cit.*, I, § 17.

<sup>11</sup> EMPÍRICO, S. *Op. cit.*, I, § 25.

<sup>12</sup> EMPÍRICO, S. *Op. cit.*, I, § 19.

<sup>13</sup> EMPÍRICO, S. *Op. cit.*, II, § 20.

<sup>14</sup> EMPÍRICO, S. *Op. cit.*, I, § 8.

cuestión propuesta, se originase una equipolencia (*isostheneia*) cuyo resultado racional sería la suspensión del juicio.

Se trataría de rasgos básicos. Pero también de características problemáticas o, incluso, tras atenta inspección, claramente paradójicas. Afirmando que la suspensión del juicio es la única opción racional cuando afrontamos cuestiones cognitivas, el escéptico se comprometería con la tesis de que el conocimiento no es posible, tesis que pasaría a ser su seña de identidad. Y ésta no sólo sería una tesis contradictoria, sino también un elemento que distorsionaría la imagen que el escéptico tendría de sí mismo, convirtiéndose en un elemento que implicaría la eliminación (con el fin de que su posición poseyera un mínimo de coherencia) de las otras características de su autorretrato.

Así es como el escepticismo se presentaría como contradictorio, origen de intranquilidad cognitiva, amenaza del sentido común y dogmático. Ésta es la imagen real contenida en el escepticismo, imagen que no concuerda con las declaraciones pirrónicas (contempladas ahora como artificios que disimulan la verdadera sustancia de su escuela) y a partir de la cual se define el proyecto filosófico. Un proyecto éste cuyas relaciones con el escepticismo serían ambiguas. Por una parte, el objetivo de la filosofía sería la refutación o superación de la amenaza escéptica mediante el descubrimiento de, al menos, un dato sobre el que no pudiera dudarse coherentemente; es decir, el escepticismo se presentaría filosóficamente como un obstáculo. Pero, al mismo tiempo, la filosofía requeriría del escepticismo para desarrollarse, vería en esta posición, no sólo una obstrucción, también una oportunidad. En varios sentidos: porque el escepticismo sería un preámbulo necesario de la filosofía, un método de demolición de pseudo-conocimientos que limpiaría el terreno de la mente de vaguedades y prejuicios, preparando un suelo estable sobre el que erigir una estructura metafísica invulnerable. Porque reflexionando sobre las condiciones de posibilidad del escepticismo, el filósofo podría descubrir datos que, al ser condición de la duda, no pudieran consistentemente ponerse en duda. En este sentido, el escepticismo sería también vehículo de conocimiento. Pero fundamentalmente, porque sería la amenaza escéptica la que daría sentido a la filosofía, la que la legitimaría a los ojos tanto de un sentido común

que, cuestionado por el escéptico, busca en la epistemología sus credenciales, como ante un individuo descontento y paralizado que, confrontando al escéptico, no podría ni alcanzar el conocimiento ni renunciar a él.

### 3.

Éste es el proceso que, devaluando la definición pirrónica del escepticismo, desemboca en su concepción epistemológica, en la representación que, de algún modo, ha pasado a ser la imagen natural de dicha doctrina. Sus credenciales son tanto su coherencia interna como la supuesta ininteligibilidad de la conjunción de rasgos propuesta por Sexto Empírico. Sin embargo: ¿No descansa esa imagen en un único punto: en adscribir al escéptico la tesis de que el conocimiento es imposible, en interpretar la suspensión del juicio como negación del conocimiento, en identificar al escepticismo con una posición epistemológica concreta, que responde en idéntico nivel discursivo a las mismas preguntas que afrontan otras doctrinas? ¿Y no contradice eso la reiterada máxima pirrónica de acuerdo a la cual el escéptico no afirma ni niega nada? ¿Es posible que, después de todo, la imagen de Sexto Empírico sea inteligible? ¿Y que su inteligibilidad pase por la priorización del aspecto terapéutico del escepticismo, priorización que fuerce una reinterpretación radical de la suspensión del juicio? Empecemos por tomar en serio aquello a lo que Sexto Empírico denomina “el objeto final de deseo”<sup>15</sup> de las estrategias escépticas: la tranquilidad cognitiva. Mientras no se respondan dos cuestiones: ¿en qué contexto se realiza esta declaración y a quién se dirige? y ¿cuál es el tipo de inquietud que intenta aliviar el escéptico?, ni el objetivo del escepticismo dispondrá de un contenido específico ni, por consiguiente, serán comprensibles sus métodos. No es de extrañar, por ello, que el Primer Libro de los *Esbozos pirrónicos* consista en gran parte en una aclaración magistral de estos dos problemas, o, lo que es igual, en la determinación del espacio conceptual al que se ciñen los argumentos escépticos.

<sup>15</sup> EMPÍRICO, S. *Op. cit.*, I, § 25.

El escéptico se presenta como un individuo que empezó a hacer filosofía con el fin “de aprehender qué es verdadero y qué falso”<sup>16</sup> y que, desarrollando sus investigaciones, ha tropezado con un dilema que le impide tanto avanzar como retroceder: es incapaz de encontrar aquello que busca, un conocimiento indudable, algo cuya verdad sea incorregible; y, pese a ello, y porque se siente obligado a reconocer que tiene que haber algo cierto, que su investigación, además de tener sentido, es el resultado necesario tanto de su naturaleza como de las exigencias fundamentalistas de la racionalidad pura, es al mismo tiempo incapaz de renunciar a una búsqueda que, aunque comprende, no rinde resultados.

Ésa es la inquietud que trata de apaciguar el escéptico. Determina tanto el contexto que otorga sentido como el individuo al que se dirige su terapia: el filósofo. Se trata del estado de ánimo asociado al escepticismo. Por tanto, ¿cómo podemos describir al escéptico extendiendo la enfermedad que pretende curar?, ¿diagnosticando un problema sólo para después negarnos la posibilidad de su solución, negación que, además, define al problema? La concepción tradicional (externa) del escepticismo se sostiene sobre una profunda incoherencia.

Pues bien, si lo que nos impide avanzar es la contradicción entre nuestras aspiraciones y nuestras posibilidades y el límite de las últimas no pone límite a las primeras, la labor del escéptico no es mostrar que el conocimiento es imposible, sino persuadirnos a dejar de considerar esas aspiraciones como algo necesario, natural y con sentido. En otras palabras: la terapia escéptica se dirige a la voluntad, intenta eliminar el deseo de certeza o de verdad con mayúsculas. Se trata de que dejemos de querer conocer (metafísicamente hablando), y no tan sólo de que renunciemos al cumplimiento del conocimiento. Para ese cometido no es eficaz la señalización de nuestras limitaciones cognitivas. Se requiere algo más: llegar a ver que realmente no sabíamos qué queríamos decir con nuestras palabras, que verdaderamente no sabíamos qué buscábamos; fijar la atención, no en la imposibilidad de las respuestas, sino en la ininteligibilidad de las preguntas.

De este modo, el objetivo del escéptico no sería mostrar que el juicio sobre ciertas cuestiones no es posible; más bien, indicar que en metafísica

<sup>16</sup> EMPÍRICO, S. *Op. cit.*, I, § 26.

no hay cuestión alguna sobre la que juzgar. No es que el valor de verdad de las proposiciones filosóficas sea indeterminable, las proposiciones filosóficas no son tan siquiera candidatos a verdad o falsedad. Lo que significa, en definitiva, que el escéptico no pretende vaciar cognitivamente a la filosofía, sino hacerla absurda.

Subrayemos para finalizar dos cosas: Al escéptico pirrónico no le interesaría la imposibilidad de conocimiento de acuerdo a parámetros filosóficos en sí misma; le interesaría como síntoma de la inaprehensibilidad de la noción misma de “conocimiento” y su terapia no sería demostrativa, sino persuasiva; lo que significa tanto que el pirrónico no se compromete con ninguna tesis, tampoco con la afirmación de que las proposiciones filosóficas son en sí mismas absurdas, como que la persuasión puede encontrar resistencias y que, por ello, la terapia no garantiza automáticamente la curación.

Es evidente que el pirronismo no pecaría de todas aquellas faltas de las que le acusan sus detractores: autorrefutación, nihilismo cognitivo, falta de sofisticación, fuente de ansiedad gnoseológica, problematización del sentido común, dogmatismo. Estos son estigmas del escepticismo epistemológico, una caricaturización del escepticismo antiguo construida a partir de sus jirones por la filosofía con el fin tanto de justificarse como de hacerse necesaria. Al mostrar tanto las dificultades de una separación tajante entre escepticismo antiguo y moderno, como el valor “filosófico” del pirronismo esperamos, pues, haber contribuido a la reivindicación de la *skepsis* en nuestros días.